

La mujer es una misión que genera la Iglesia

Es lo que se destaca en los trabajos de un congreso muy valioso titulado: “**Mujer y varón, el ser humano en su integridad**”, que tuvo lugar en el Vaticano al comienzo del pasado mes de febrero. Hace veinte años la bellísima Carta Apostólica del Papa Wojtyła, *Mulieris dignitatem*, arrojó luz sobre la figura de la mujer. Hoy, el deseo de profundizar en el conocimiento de la mujer como parte imprescindible del hombre en su integridad (“*varón y mujer los creó*” Gn 1, 27), es lo que ha motivado este congreso y ha dado muchas luces a los conferenciantes, la mayor parte de ellos mujeres.

Juan Pablo II, al indicar el valor del **genio femenino** había proporcionado un punto de partida importante: el “genio femenino” es esa capacidad de “ver más allá”, “intuir” y “ver con los ojos del corazón”, afirmó Paola Bignardi – una pedagoga llamada a reflexionar sobre la responsabilidad y sobre la participación de la mujer en la edificación de la Iglesia y de la sociedad. “Esta capacidad propia de la mujer hace que en ella la vocación pase a través del amor y que su contribución principal esté en edificar una Iglesia que también sea maternal, testimoniando una Iglesia que ama, que sabe expresar la sinfonía de un amor que da sentido a la vida”.

Generar la vida es una de las experiencias fundamentales de la mujer, no sólo físicamente sino también **espiritualmente**. Lo vemos en muchas mujeres que viven plenamente su maternidad a través de los canales invisibles del Espíritu, que a través de ellas genera almas para Dios y regenera situaciones que han quedado sin vida o corren el riesgo de perderla (“La generación es primero un dato del alma que del cuerpo”, afirma a este respecto D^a Bignardi). El papel de la mujer en el seno de la Iglesia la mayor parte de las veces se contempla desde la óptica del servicio, un aspecto fundamental que valora esa parte de la mujer capaz de entregarse de forma incansable y sin cálculos. Pero si nos limitamos a esto, corremos el riesgo de reducir drásticamente las potencialidades de la mujer, privando a la humanidad de una contribución importantísima que en cambio Dios sí tenía previsto. “Para la mujer vivir la propia identidad en la Iglesia significa contribuir a generar la Iglesia” continúa en su discurso la pedagoga, “la Iglesia está generada por el Espíritu pero humanamente necesita ser generada y creo que la mujer la puede generar en su maternidad, contribuyendo a hacer de modo que la Iglesia sea verdaderamente también ella madre”.

¿Qué significa para la Iglesia, en realidad, ser madre? Significa que quien busca pueda encontrar una “Iglesia que acoge, una Iglesia que confirma la libertad de la propia vida, que sabe perdonar, que hace sentir que siempre se puede volver a empezar”.

Entre las intervenciones especialmente relevantes la de la polaca Alicia Kostka, que ha hecho su tesis doctoral sobre la dignidad y la vocación de la mujer desde la perspectiva del padre Josef Kentenich (1885-1968). “El Padre Kentenich describe la mujer como imagen de Dios”, afirma, “debemos ser

conscientes también en nuestra vida cotidiana que el hombre y la mujer representan a Dios, cada uno a su modo. La doctrina de la Iglesia aún se esfuerza por demostrar que la mujer como persona – que ama, que piensa, que actúa – refleja a Dios.

Pero en su discurso el sacerdote alemán muestra de modo más concreto que la mujer es imagen de un Dios que es también Madre en su entrega desinteresada: “El servicio desinteresado como don natural de la mujer, como potencia de la mujer, es reflejo de un Dios que nos sirve, porque es fuerte y porque es amor. ¡Ser mujer es una misión!”

S.C.

El Santo Padre comenta:

“Persiste aún una mentalidad machista, que ignora la novedad del cristianismo, el cual reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto del hombre. Hay lugares y culturas donde se discrimina a la mujer y se la infravalora por el mero hecho de ser mujer, donde se recurre incluso a argumentos religiosos y a presiones familiares, sociales y culturales para sostener la disparidad de sexos, donde se consuman actos de violencia hacia la mujer haciéndola objeto de malos tratos y de utilización en la publicidad y en la industria del consumo y de la diversión. Ante fenómenos tan graves y persistentes aparece cada vez con mayor urgencia el compromiso de los cristianos para que sean promotores de una cultura que reconozca a la mujer, con el derecho y en la realidad de los hechos, la dignidad que le compete”.

¿Un nuevo dogma mariano?

Es la petición de cinco Cardenales en una carta al Papa para que se declare un quinto dogma mariano que proclamaría a María como **Madre Espiritual de toda la Humanidad, corredentora con Jesús Redentor**, mediadora de todas las gracias con Jesús, único mediador, abogada con Jesucristo a favor del género humano”. Los purpurados señalan la urgencia en este tiempo, de concretar la función de la Madre del Redentor y su “cooperación única en la obra de la Redención, así como su función en la distribución de la gracia y en la intercesión por la familia humana”.

Una de las razones que ha motivado esta petición se basa en un plan de compromiso ecuménico al “servicio de clarificación a las demás tradiciones religiosas y para proclamar **la plena verdad cristiana de María**”. Según uno de los firmantes ha llegado “el momento de la definición papal sobre la relación de la Madre de Jesús con cada uno de nosotros, sus hijos terrenos, en su papel de corredentora, mediadora de todas las gracias y abogada: “Proclamar solemnemente a María como madre espiritual de todos los pueblos quiere decir reconocer plena y oficialmente sus títulos, y por lo tanto activar, llevar a una vida nueva las funciones espirituales, de intercesión, que ofrecen a la Iglesia para la nueva evangelización, y para la humanidad en la delicada situación que vive actualmente”.

Redacción

El sacrificio de Cristo, don de un corazón purificado

En este tiempo en el que nos hemos preparado para la Pascua, el término sacrificio ha resonado constantemente en nuestras iglesias y en las reflexiones que hemos hecho cada uno. Sin embargo esa palabra todavía hoy resuena en nosotros espontáneamente con una acepción negativa, mientras que en el sentido religioso tiene en cambio un significado muy positivo: “Sacrificar no significa privar, significa **convertir en sagrado**, al igual que santificar significa convertir en santo, simplificar hacer simple”, dijo el card. Vanhoye, el predicador de los ejercicios espirituales al Santo Padre y a los miembros de la curia romana.

En el Antiguo Testamento la intención del sacrificio era la de cambiar la disposición de Dios, para obtener sus favores, a cambio de los dones ofrecidos. Otra cosa ocurre con el sacrificio cristiano cuyo objetivo es el de **cambiar la disposición del hombre**, no las disposiciones de Dios: “Su objetivo es el de dar un corazón purificado y dócil a Dios”, especificó el cardenal.

Para establecer el contacto, la plena comunión con Dios “al pecador tiene que ayudarle un mediador que no sea pecador”. Por esto el Padre nos ha dado a su Hijo, que ha sido una “víctima digna y sacerdote capaz. Víctima digna porque tenía una perfecta integridad moral y religiosa, era sin mancha, santo, inocente, inmaculado. Fue sacerdote capaz en cuanto que estaba pleno de la fuerza del Espíritu Santo”.

También a nosotros nos **es dado participar de este sacrificio** y gozar plenamente del contacto con Dios que restablece el sacrificio, esa comunión plena de la que todos estamos sedientos. El lugar por excelencia donde todo esto acontece es la Eucaristía: “Cuando celebramos la Eucaristía y comulgamos, recibimos en nosotros este intenso dinamismo de amor, capaz de transformar todos los eventos en ocasión de victoria en el amor”. Por lo tanto, el sacrificio es un acto muy positivo y fecundo “**que valora inmensamente el ofrecimiento**”.

EL ARMA INVENCIBLE

La verdadera oración es el motor del mundo, porque lo mantiene abierto a Dios. Por esto, sin oración no hay esperanza, sólo hay ilusión.

Sin la dimensión de la oración, el ser humano acaba cerrándose en sí mismo, y la conciencia, que debiera ser eco de la voz de Dios, puede reducirse al espejo del yo, y el coloquio interior se vuelve monólogo dando entrada a mil autojustificaciones.

La oración es garantía de apertura hacia los demás; quien se hace libre para Dios y sus exigencias, se abre simultáneamente al prójimo, al hermano que toca a la puerta de su corazón y pide ser escuchado, pide atención, perdón, e incluso corrección pero siempre en la caridad fraterna.

La verdadera oración nunca es ego-céntrica sino siempre dirigida a los demás. Cuanto mayor sea la esperanza que nos anima, tanto mayor será **la capacidad de sufrir** por amor a la verdad y al bien, **ofreciendo con alegría** las pequeñas y grandes fatigas de cada día e introduciéndolas en la gran com-pasión de Cristo.

Benedicto XVI